
Cuando la literatura sale a jugar a la calle

Silvia Grijalba

En el spoken word, la literatura salta de los libros, para salir a jugar a la calle. Es un género en el que se pierde el miedo a la poesía, sin perderle un ápice de respeto. En 1955 Allen Ginsberg organiza una lectura de poesía en la Six Gallerie de San Francisco y lee por primera vez "Aullido" (que se publicó al año siguiente, con el consabido escándalo, censura y posterior éxito de ventas). Para algunos ese fue el comienzo del spoken word, un paso más allá de la simple lectura literaria del autor atrincherado detrás de una mesa, con una escenografía que se limita a un vaso de agua y unos folios más o menos arrugados, leyendo sus últimas palabras. El Spoken Word introducía un elemento de espectáculo. El escritor no se limitaba a leer. Gesticulaba, gritaba, actuaba, consciente de que aunque sus sílabas podían ser suficientes, tenía el poder (y el deber) de regalar algo más a la audiencia que le escuchaba tan respetuosamente.

Más adelante, cuando la Generación Beat y autores como William Burroughs, John Giorno o Kerouac y sus seguidores se mezclaron con artistas procedentes de otras disciplinas como el arte plástico o especialmente la música, el spoken word se enriqueció. En los 70, la no wave neoyorkina, la escena de vanguardia de músicos como Patti Smith o Lou Reed (que no es casualidad que después se casara con Laurie Anderson, de la que hablamos unas líneas más adelante) se acercaron a esos escritores que, en el fondo, representaban el ideal de rock star culta que ellos anhelaban y le dieron la vuelta a los formatos. Los músicos se convirtieron en poetas y aplicaron su sabiduría sobre el escenario a recitados que, en ocasiones, acompañaban con sus propias composiciones musicales.

Una de las grandes revolucionarias de este género en el que las mujeres han jugado un papel esencial, la gran visionaria que supo conjugar los presupuestos de una parte (la literaria) con la musical y de vanguar-

dia, fue Laurie Anderson. Ella se define como "story teller", una contadora de historias y en efecto es una magnífica narradora pero además la responsable de la sacralización de este género. Sus espectáculos combinan video arte, proyecciones, elementos de performance y música electrónica que sirven para arropar los mensajes que lanza certeramente.

En una línea totalmente distinta, pero como otra de las "madres" del spoken word tal y como ahora lo concebimos estaría Lydia Lunch, artista cercana al punk y al afterpunk, gran diva del underground neoyorkino, que siempre ha estado más cerca del rock que de la literatura (en este caso sí es cierto que sus letras se quedan en el efectismo, aunque en escena ofrece un espectáculo brutal) y que entronca con otras grandes heroínas del género (en su vertiente más oscura y cercana al movimiento dark y afterpunk) como Diamanda Galas o Jarboe (la ex componente de The Swans). Todas ellas son una especie de sacerdotisas góticas y el desamor, el desgarrar, la muerte y, en el caso de Lunch el sexo, son sus temas más recurrentes.

Esa conexión con movimientos musicales como el siniestro y el punk (además del hip-hop) no son en absoluto casuales. Los grupos siniestros siempre estuvieron muy conectados con la literatura y en el caso del punk, la conexión tiene que ver con el componente de crítica social que tuvo desde sus comienzos el Spoken Word y que con el tiempo sería más evidente en la rama cercana al hip-hop y los movimientos revolucionarios afroamericanos, con los slam poets de los 90 y artistas míticos como Saul Williams, The Last Poets, Michael Franti o Gil Scott Heron. Antiguos líderes de grupos punks y aledaños, como Jello Biafra (Dead Kennedys), Richard Hell (The Vovoids o Television, además de inspirar a Malcom McLaren y Vivien Westwood para encontrar la imagen perfecta para los Sex Pistols), Julian Cope (ex Teardrop Explodes y actualmente gran estudioso de los enterramientos Megalíticos) o Henry Rollins han abandonado el rock para consagrarse casi únicamente al Spoken Word. En todos ellos (excepto quizá en Richard Hell que tiene más asumido su papel de escritor escritor) queda el poso de rock star. Todos ellos han pasado por el Festival Palabra y Música, que comenzó en el Teatro Lope de Vega de Sevilla hace cinco años, y que a partir del año pasado también se hace en La Laboral de Gijón y en el Teatro Lloseta de Mallorca, actuaron y los asistentes pudimos comprobar lo bien que combina la arrogancia de una estrella de rock con la poesía (en este caso, épica). Pocos olvidarán al imponente Julian Cope, ataviado únicamente con unas botas, pantalón y gorra militares, arrastrándose y retorciéndose por la moqueta roja del patio de butacas recitando el poema "Antequera", dedicado a los enterramientos megalíticos del pueblo malagueño. Una imagen casi alucinógena (ya advirtió al comienzo del espectáculo que alguien había puesto droga en su LSD), en la que Cope parecía transmutado no estaba claro si en Gollum o Iggy Pop, per-

sonaje con el que está claro que comparte taxidermista, como bien dice el poeta e intérprete de spoken word Bruno Galindo, uno de los máximos representantes de este movimiento en España, junto a Justo Bagüeste, Pablo Guerrero y Suso Saiz, Javier Montero y Pablo Cobollo, o eventualmente Bunbury, en su disco-libro de homenaje a Panero.

Pero sobrevolando todo este panorama, desde los 60 hasta ahora, siempre ha estado John Giorno. El gran gurú del spoken word y uno de sus más fervientes defensores y difusores. Giorno era el más joven de todos los colegas de la generación Beat y el gran gestor de aquel grupo. Además de ser el protagonista de "Sleep" de Warhol y haber creado una de las discográficas más interesantes dentro del mundo del spoken word, Giorno Poetry Systems, él fue el artífice de una idea que sirve de complemento directo para este movimiento, el Dial a Poem, un sistema de poema por teléfono, por el que llamabas a un número de teléfono y por un módico precio te recitaban un poema. Giorno actualmente sigue en activo. La editorial DVD acaba de publicar una antología de su obra y actualmente sigue actuando por todo el mundo, en solitario o junto a otra figura esencial del underground, el músico experimental Javier Colis, con el que ha formado un dúo en el que Colis crea paisajes sonoros sobre los que Giorno recita, salta y actúa. Con casi 80 años, Giorno se ha convertido en "lo último", en una clara metáfora de lo que está ocurriendo con el spoken word. El último grito.